



Alexander Kluge
El hueco que deja el diablo
 Historias del nuevo siglo
 Traducción de Daniel Najmías
 Anagrama, Barcelona, 2007

Manuel Arranz
El hueco que deja el diablo es una selección de ciento setenta y tres relatos, de un conjunto de quinientos que forma el original alemán, de una de las figuras más eminentes de la literatura y el nuevo cine alemanes, tan poco como insuficientemente conocida en España: Alexander Kluge. La selección la realizó el propio autor para la edición norteamericana de su libro. Una buena oportunidad por tanto de acercarnos a su universo, y elijo el término con premeditación, pues estamos ante una de esas obras sustentadas en una visión del mundo, una filosofía, una estética, o como quieran llamarlo, todo es lo mismo.
 ¿Qué pasa por las mentes de los jueces, de los policías, de los criminales? ¿Qué pasa por las mentes de los suicidas? ¿Qué pasa por las mentes de los supervivientes de un atentado? ¿Y por las mentes de las personas encargadas del rescate? ¿Qué debemos pensar de ese cúmulo de tópicos y lugares comunes, incluida su expresión física, que recogen los periodistas micrófono

Aparece por primera vez en castellano una selección de relatos de Alexander Kluge, una de las grandes figuras del llamado Nuevo Cine Alemán; en estos textos breves, el escritor se adentra en «el mundo fantástico de los hechos cotidianos».

La esperanza es el pasado

en mano a los pocos minutos de haberse producido la catástrofe? ¿Hay una pérdida de realidad en esos momentos, o sucede todo lo contrario, un aumento de realidad? En cualquier caso, pérdida o aumento de realidad, siendo todo lo contrario, viene a ser lo mismo. Se alteran las condiciones normales de la existencia y el organismo, mente incluida, reacciona de manera imprevisible. Claro que habría que preguntarse cuáles son las condiciones normales de la existencia. Y otra pregunta más: ¿en cuántos casos no debemos la vida al azar, a la casualidad, a circunstancias incontroladas, y en cuántos otros a un fallo de nuestra determinación, o un relajamiento de la voluntad? O también, ¿por qué fracasan las empresas mejor planificadas y, en cambio, tienen éxito las improvisaciones?

Y ahora hablemos del amor. ¿Hay leyes en el amor? En el comportamiento amoroso, queremos decir. ¿Qué es lo que hace que nos equivoquemos o acertemos en la elección del amor? ¿Que seamos capaces de vivir con una persona a la que no amamos, y no seamos capaces de vivir con la que amamos? ¿Hay lógica y causalidad en el amor, o es todo azar? ¿Y en la guerra? No, *El hueco que deja el diablo* no responde estas preguntas y otras muchas, no es su intención dar respuestas, pero sí en cambio, lo que sin duda es más importante, las ilustra, las recrea, las escenifica, las fabula, mediante una serie de historias o relatos cortos, la denominación

de episodios sería quizás más exacta, extraídos de la historia, reciente o antigua, a fin de cuentas es la misma historia, apócrifos o documentados, y también en este caso resulta bastante indiferente para la finalidad del autor, que no es otra que orientarse en «el mundo fantástico de los hechos objetivos» y descubrir esos huecos de la experiencia humana por los que se cuele el alma. Correspondencias cruzadas, premoniciones, explicaciones insuficientes, azares necesarios, Walter Benjamin, Theo-

dor W. Adorno, Kant, estos son algunos de los temas de los relatos contenidos en *El hueco que deja el diablo*.

Se trata del siglo XX. De sucesos del siglo XX, algunos impredecibles, accidentes y esas cosas, otros podían haber sucedido en cualquier época, pero la mayoría producto de un siglo en que cambió el mundo. Cambió tanto que nos sigue pareciendo el mismo. Pero esto pasa porque los cambios más profundos siempre son inapreciables al principio y nunca tienen lugar

donde se los espera. Sólo hay una cosa cierta. En esos momentos aparece un vocabulario nuevo. O un nuevo uso de un vocabulario antiguo. Por ejemplo: expediente, segmentar, blindaje, emulación, omega, ecología, expectativa, intervención. Un vocabulario que todo el mundo entiende sin que se lo haya enseñado nadie, y que sirve lo mismo para hablar de sexo que de guerra nuclear. Un libro bastante insólito éste *El hueco que deja el diablo*. Y que da mucho que pensar.



REGINA SCHMECKEN

AUTOR. Kluge (Halberstadt, 1932) ha dirigido «Una muchacha sin historia» (1966) y «La patriota» (1979), entre otros filmes.

Talento, arte y oficio



Joseph Joubert
Sobre arte y literatura
 Ed. y trad. de Luis Eduardo Rivera
 Periférica, Cáceres, 2007

M. A. Los aforismos, pensamientos, máximas, sentencias, o como quieran llamarlos, junto con los diarios y memorias, han sido siempre mis géneros favoritos. Dos géneros, por lo demás muy parecidos, que han ejercido siempre una particular atracción sobre los impostores de la literatura de todos los tiempos, porque: ¿quién no tiene unas ideas geniales?, ¿quién no se considera el mejor testigo de su época?, ¿quién no se parece a Kafka?, ¿quién no trata de ridiculizar a sus contemporáneos mejor situados con su fina ironía?, o ¿quién no se declara independiente, rabiosamente independiente, e insobornable? Curiosa época ésta pletórica de genios *avant la lettre*, si me permiten esta cursi expresión. ¿Todas han sido iguales? No. Rotundamente no. Ha habido épocas y épocas. Y si no que se lo preguntaran a los hombres que en 1789 deambulaban por las

calle de París. Y ha habido épocas producto de los hombres, y hombres producto de las épocas. El caso de Joubert es un caso singular. Fue un hombre producto de su época, al que no preocupó demasiado dejar una obra a la posteridad, sintoma indiscutible de grandeza, y que entre vivir y escribir siempre optó por lo primero. «Escribir encadena. Debes conservar tu libertad», escribiría Paul Valéry un siglo más tarde. Quizás Joubert no confiaba demasiado en la posteridad, o quizás sencillamente le gustaba estar vivo. «El olvido! ¡Qué dulce me resulta esta palabra!», escribió en un aforismo de 1791, y estuvo a punto de conseguirlo si no llega a ser por culpa de Chateaubriand, que publicó, en 1838, a modo de póstumo homenaje al amigo, una selección de sus pensamientos. Después, el silencio, que es la antesala del olvido. Hasta que cien años más tarde, en 1938, aparece finalmente la edición

completa, en dos volúmenes, de sus pensamientos. Curioso destino el de una de las obras más originales de aquel original y fecundo siglo francés, una pequeña parte de la cual, precisamente una selección de sus pensamientos sobre arte y literatura, recoge esta modélica edición de Luis Eduardo Rivera y la editorial Periférica. Arte y literatura, que junto con la religión, Dios, y la verdad, fueron las preocupaciones mayores de los ilustrados. Aunque más que preocupaciones tal vez fuera más exacto decir ocupaciones. Temas aptos tanto para entretener sus ilustradas veladas, como de sus sesudos y no menos ilustrados tratados filosóficos. Y es muy posible, como bien dice el traductor, que los pensamientos de Joubert sobre arte y literatura sean los que mejor han resistido el paso del tiempo, pero no porque el resto sean menos penetrantes o certeros, sino porque la religión, Dios, o la verdad, por limitarnos a los grandes temas, no concitan hoy demasiado interés. Lo que no quiere decir, naturalmente, que el arte y la li-

teratura lo conciten, pero sí que son temas más populares, a pesar de que lo que dice Joubert de ellos se encuentre a años luz de la consideración en que se los tiene actualmente. Una razón de más, sin duda, para leer hoy este espléndido libro que, para decirlo con palabras del propio Joubert, «contiene un germen que se va desarrollando por sí mismo como una planta». Claro que, como cualquier planta, necesita para desarrollarse un terreno abonado, que en este caso es la contribución del lector. Pero es una contribución pequeña, pues Joubert es de una maravillosa claridad. Calidad ésta que quizás tenga que ver algo con el apasionamiento sincero con que escribió, sin temor a contradecirse, día a día y para sí mismo, sus pensamientos. Y terminemos con uno de ellos: «Tres cosas son necesarias para hacer un buen libro: el talento, el arte y el oficio, es decir, la naturaleza, el trabajo y la costumbre». Y lo demostró con el ejemplo. La prueba: este pequeño libro, que a cada nueva lectura nos parece más grande.